



Luis Pérez Aguirre

**UNA
BUENA NOTICIA
SOBRE EL SEXO**

Luis Pérez Aguirre

UNA BUENA NOTICIA SOBRE EL SEXO

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

I N D I C E

¡EL SEXO ES BUENO!	6
SEXO Y AMOR	14
◆ Sexualidad y genitalidad	15
◆ El amor erótico	18
◆ El hombre es un ser de deseos	21
◆ Todos nuestros deseos son deseos sexuados	23
◆ La libertad sexual	28
CORPORALIDAD HUMANA	30
◆ "Yo soy mi cuerpo"	30
◆ Reconciliación con mi cuerpo y mi sexo	34
◆ Somos sexo	36
◆ El lenguaje de la sexualidad	37
¿QUE ES EL SEXO?	40
◆ Una definición imposible	40
◆ Lo que dicen las ciencias	43
◆ La sociedad y el sexo	50
◆ La psicología: Masculino-Femenino	55
◆ La reciprocidad sexual	61

CRITERIOS ETICOS	64
◆ Un arduo aprendizaje: la humanización del sexo	64
◆ Hacia una sexualidad responsable	66
◆ Hacia una sexualidad madura	67
◆ Hacia un amor personal	71
◆ La moral y el sexo	73
◆ Valores morales orientadores:	77
1) Autoliberación	77
2) Enriquecimiento del otro	79
3) Integración en una comunidad de amor	79
4) Honradez	80
5) Fidelidad	81
6) Responsabilidad social	81
7) Servicio a la vida	82
8) Gozo	83
CONCLUYENDO	84

LA SEXUALIDAD HUMANA

“El hombre no es ni un angel ni una bestia... y si se hace el ángel es una bestia!”.

Pascal

¡EL SEXO ES BUENO!

A pesar de que los significados de la palabra "sexo" son muy diversos, que todo el mundo habla de sexo y sexualidad entendiendo cosas muy diferentes y a pesar de que la sexualidad abarca una realidad muy amplia y profunda, no vamos a comenzar aquí intentando definiciones o aclarando términos.

Admitamos simplemente, para comenzar, que la sexualidad humana no se puede restringir al ámbito de lo genital. Por ahora admitámoslo así, luego tendremos que explicar porqué y aclarar muchas cosas. Admitamos también que ella no se agota ni queda abarcada plenamente en el *instinto* y que tampoco se identifica con el aparato biológico de reproducción.

Además, para ser sinceros y porque estamos aquí encarando un aspecto netamente educativo y constructivo, debemos añadir que el uso del término sexualidad implica siempre algo que no se puede objetivar totalmente. Esto es muy importante para los padres y educado-

res que quieren el bien de las nuevas generaciones. La imagen que se formó cada uno de la sexualidad depende de los conocimientos y de las experiencias que haya tenido o tenga actualmente.

Esto nos pone de bruces ante la complejidad de la sexualidad y nos desafía a tratarla con la mayor honestidad posible. No se puede hablar de la sexualidad en forma unilateral, desde un solo punto de vista, o desde el aporte —por más importante que sea— de una sola ciencia. El biólogo, por ejemplo, para hablar con exactitud del fenómeno de la sexualidad humana, tendrá que salirse, en algún momento, de su ámbito específico para poder integrar datos que le aportan las demás ciencias. Lo mismo pasa con el psicólogo, o con el antropólogo, o con el teólogo o el moralista...

Es un hecho hoy día que la medicina, la biología, la psicología, la sociología, la historia, la etnología, etc. han aumentado nuestro saber sobre la sexualidad humana de una manera casi inabarcable. El asunto se complica todavía más porque el padre de familia, o el educador, tiene que lidiar con los medios de comunicación de masas (la radio, TV, prensa, etc.) y con la literatura pseudo-científica

de divulgación que abunda en las librerías y que ha popularizado estos conocimientos científicos de manera bastante problemática y parcializada. Parecería que en el campo de la sexualidad humana las simplificaciones, las tergiversaciones y los disparates literarios abundan cada vez más. Todo el mundo opina y dice cosas, generalmente “a medias”. Y no hay peor mentira que una verdad a medias...

Como resultado de este proceso nos encontramos en un ambiente “sexualizado” en el mal sentido, es decir, en el sentido de que el sexo se ha convertido en un “factor calculado dentro de la sociedad de consumo”. Ya en 1955 Schelsy mostró en su famosa *Sociología de la sexualidad*, que la sexualidad había llegado a ser en gran medida un artículo de consumo. Y si no, preguntémonos: ¿hay alguien que venda todavía jabón, cigarrillos, bebidas, libros, vestidos, refrigeradoras, viajes de vacaciones, automóviles, casas y todo lo que haya que vender, sin piernas, senos, labios turgentes y todo lo que pueda hacer alusión a lo sexual?

A pesar de que esta realidad siempre amenaza al trabajo del educador y del padre de familia, tenemos que reconocer también lo po-

sitivo de la época que estamos viviendo. Al hacer un balance de todo lo que últimamente se ha aprendido sobre la sexualidad, comprobamos que *hemos adquirido más conocimientos en este último siglo que en todos los siglos precedentes juntos*. Y esto tiene para nosotros consecuencias enormes desde el punto de vista teórico y práctico.

Nos cuesta caer en la cuenta del cambio de perspectiva con que se contempla ahora la sexualidad, tras los rápidos y enormes progresos realizados por el aporte de las ciencias. Todo ello lleva, felizmente, a un mayor conocimiento de la realidad humana, del hombre y de la mujer que somos. Nos posibilita transmitir a las nuevas generaciones mayor verdad, mayor experiencia y posibilidades de crecimiento hacia un hombre y una mujer mejores.

Parece increíble, pero hasta el año 1827 nadie sabía que la mujer aportase algo más que la matriz y el riego sanguíneo a la procreación del nuevo ser humano; éste se suponía aportado y depositado allí sólo por el varón. Asimismo parece increíble que haga solamente siglo y medio que K. E. von Baer († 1878) hablara por primera vez de “secreciones internas”. También es increíble que concluyera ya

el siglo pasado cuando recién E. H. Starling († 1927) acuñara el término “hormona”, dando paso al estudio del sistema endocrino y del lento estructurarse fisiológica y psíquicamente de cada ser humano en masculino o en femenino.

Los conocimientos sobre el comportamiento sexual de los diferentes pueblos y grupos humanos recién pudieron iniciarse sobre una base sociológica y etnológica real con H. B. Ellis († 1939), pero no dieron resultados sólidos hasta los estudios realizados, ya en este siglo, por Br. Malinowski († 1942), M. Mead († 1978) y, con una veta más filosófica, por Cl. Lévi-Strauss (n. 1909).

Pero la forma de concebir la vida sexual ha sido afectada más profundamente aún por los aportes realizados desde la psicología profunda. S. Freud († 1939) descubrió la presencia de la sexualidad en los estratos subconscientes del sujeto y en los primeros estadios evolutivos del ser humano, con influjos que son desconocidos por el propio individuo, que condicionan su proceder consciente y que marcan de una manera decisiva el ritmo y sentido de su estructuración personal. A partir de Freud se sabe que la libido, expresión energética del

principio de placer y de vida, adquiriría una orientación definitiva y acertada sólo como resultado de una educación sexual adecuada y de la concurrencia de muchos factores orgánicos, ambientales, afectivos y experimentales.

Todas las disciplinas que se ocupan de la sexualidad humana han evidenciado que ella no tiene un solo significado, que no está al servicio de un solo valor, aunque se trate de un valor tan fundamental como es la reproducción; ni se presenta bajo una única forma, aunque se trate de una forma tan fundamental como es la pareja humana. A partir de los descubrimientos y avances de las ciencias modernas tenemos que concluir que la sexualidad humana tiene distintas formas y distintos significados según el ángulo con que se la encare.

La significación de la sexualidad, sus riesgos y sus leyes varían considerablemente desde un tipo de sociedad a otro, de una época a otra. La sexualidad no representa lo mismo para un hombre o una mujer de la clase media-alta de Nueva York que para un grupo de cazadores del Brasil central... , para la gente de un pueblito rural del Altiplano Boliviano o para la aristocracia florentina del *Quattro-*

cento, o para los habitantes de Corinto a los que se dirigía san Pablo en sus cartas.

Los avances científicos nos han dado muchas sorpresas en el campo de la sexualidad humana, pero sorpresas positivas. Todo lo antedicho nos inclina a una posición optimista y esperanzadora. Tenemos ahora *una nueva comprensión de la sexualidad*. ¿En qué sentido? Sencillamente por el hecho de que hemos pasado a entender la sexualidad humana no tanto como algo parcial, como “genitalidad”, sino como “dimensión integral” de la existencia personal. Se ha pasado a entenderla como una “expresión o lenguaje” de *toda* la persona y no como una mera “función procreativa”. De la comprensión de la sexualidad como mero “instinto placentero” se ha pasado a la sexualidad como “comunicación interpersonal”. El mismo placer ha dejado de ser menospreciado, para encontrarle también a él un significado más positivo en la construcción de la persona. De entender la sexualidad como un “bien relacionado *únicamente al matrimonio*”, se pasó a entender la sexualidad como “valiosa por sí misma”.

Este cambio de enfoque y de énfasis, es una conquista de aspectos muy verdaderos y

valores éticos que antes se dejaban en sombra y que pasaremos a analizar más detenidamente. Lo haremos porque tienen enormes repercusiones e implicancias en los nuevos comportamientos de los jóvenes y para la educación.

SEXO Y AMOR

Introducir aquí la palabra amor no es casualidad. La tarea de los padres y educadores tiene como meta, como horizonte permanente, el amor. Si no educamos para el amor, entonces ¿para qué educamos?... Pero, por supuesto, al hablar aquí del amor nos referimos a un amor genuino y verdadero, que no es precisamente el coloreado por la fantasía y la sensiblería de los romances cinematográficos y fotonovelísticos. Hablamos de un amor de *todo* el varón y de *toda* la mujer. Y ese “todo” queremos que involucre —indudablemente— aquella importante e ineludible dimensión del ser humano que hace que cada individuo sea un ser *sexuado*.

Decimos esto porque muchos todavía siguen pensando en el amor sexual como en el Cupido de los griegos, niño vendado y flechador, causante de infinitas tonterías, de las cuales ni el mismo Júpiter Tonante pudo escapar-se... Los cientos de años transcurridos no han sido suficientes para hacer crecer a esta

gente en el conocimiento de la realidad del amor. Siguen tan infantiles e irresponsables como entonces. Esta infantilización del amor sexuado se expresa y se realiza no sólo por tener un concepto ingenuo y fantasioso del amor, sino también por *reducir lo sexual a lo genital*. En otras palabras, por “comprimir” la realidad total del sexo y del amor en lo genital.

Esto tiene consecuencias funestas. Es una desfiguración aberrante de la realidad más personal y humana. Es demasiado íntima la relación entre el amor, la sexualidad y la personalidad para que se pueda pecar impunemente contra uno sin que el otro reciba el contragolpe. Quien infantiliza el amor se ve obligado a pensar y obrar como un niño justamente en esos planos vitales donde más se exige la evolución del adulto. Para entender esto basta con ver algunos de los “bodrios” románticos de algunas de nuestras salas cinematográficas, o contemplar el éxito de una literatura barata y hasta estúpidamente obscena.

Sexualidad y Genitalidad

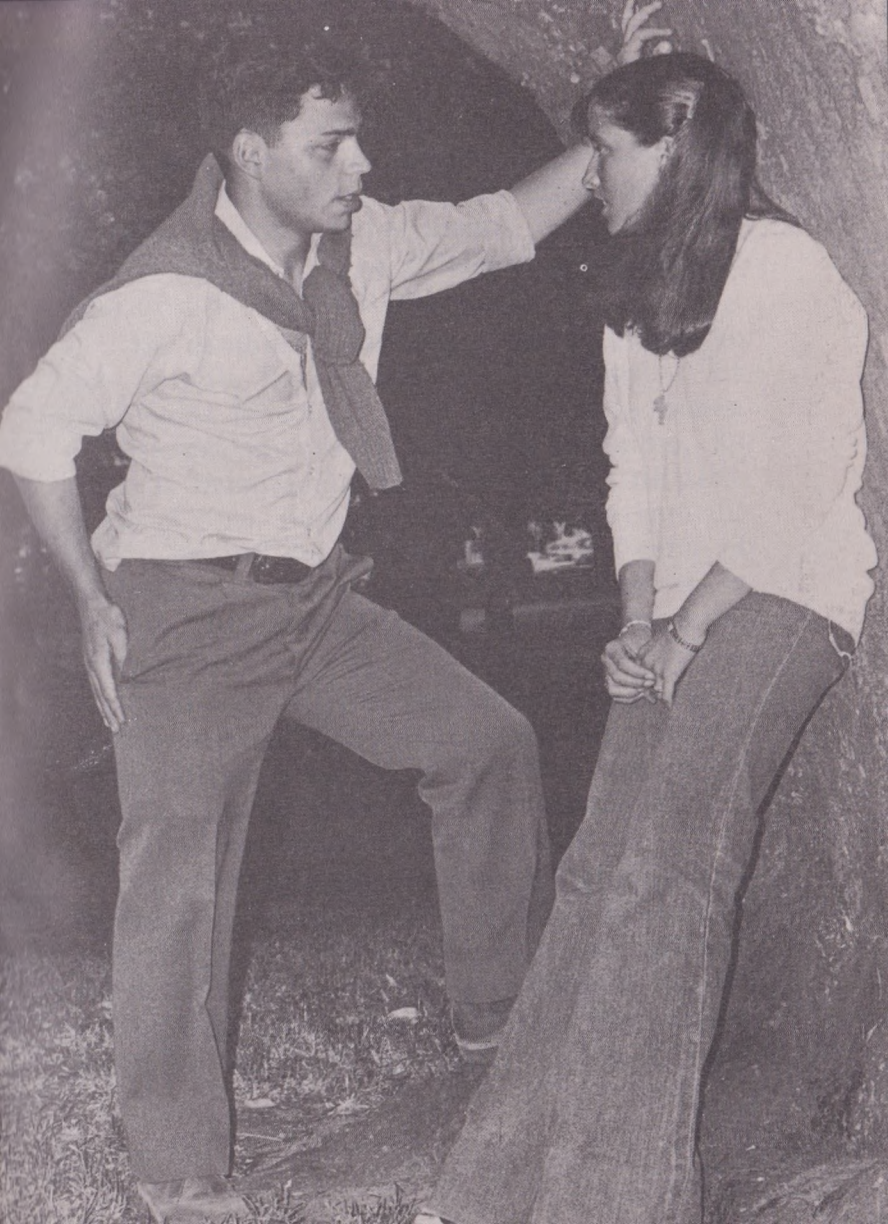
Es muy común simplificar las realidades y hablar de un “amor sexual” y un “amor

espiritual” como vivencias diferentes. Hasta llegamos incluso a convencernos de que esa manera de hablar es apta y con ella nos manejamos muy satisfechos.

Pero las cosas no son tan simples. El hombre (varón y mujer) posee *una sola vivencia amorosa* que repercute en todos los niveles de su ser, que es bio-psíquico, social y espiritual. A esta expresión o vivencia amorosa debemos buscarle un término que pueda insinuar su rico y complejo contenido, por eso nos parece más apropiado hablar de *amor sexuado*.

Hablar de sexualidad humana no es algo tan simple y fácil como lo quieren muchos manuales de iniciación sexual, ni es tan tabú que se deba organizar necesariamente en torno a él la conspiración del silencio. En este terreno podemos pecar por exceso o por defecto, tenemos que avanzar con mucha lealtad y sinceridad, respetando la misma realidad que es compleja.

Al utilizar el término “amor sexuado” conviene hacer una precisión técnica que tiene su importancia. Es absolutamente necesario distinguir entre *sexual* y *sexuado*. Para entendernos, digamos que aquí sexual significa lo que la ciencia llama *genital*, es decir, todo lo



que se refiere directamente a los órganos para la perduración de la especie, a su fisiología, a su modo peculiar de actividad mediante aquellos gestos (preparatorios, concomitantes y consecuentes), cuya finalidad es la realización de una cópula humana.

En cambio, el término *sexuado* es mucho más amplio. Entendemos que se refiere a las tendencias psicológicas en lo que ellas tienen de específicamente masculino o femenino. Es como la orientación, la tendencia, de un sexo hacia el otro, independientemente de la utilización genital del mismo. Es también como el “colorido” o la “imantación” propia de la personalidad masculina frente a la femenina y viceversa.

Entendemos la sexualidad humana como *una manera de ser* que afecta a todas nuestras disposiciones, a partir de la cual se desarrolla nuestra vida de conocimiento, nuestras tendencias, nuestros comportamientos, etc.

Es decisivo entender esto. El hombre conducirá su *genitalidad* en la vida de la manera como haya educado y asumido su *sexualidad*. En el ser humano no hay propiamente un determinismo psico-sexual. “Ser plenamente hombre —dice P. Chauchard— radica en inte-

grar completamente su sexualidad en su ser psico-social y no hacer de este ser el esclavo de los reflejos genitales y de su sensualidad”.

Así se capta mejor lo que entendemos por *amor sexuado*. Toda verdadera y sana relación entre el varón y la mujer es siempre *sexuada*, aunque no siempre necesariamente *genital*.

Es falso creer que el hombre puede expresarse por un lado sexualmente y por otro lado espiritualmente. El hombre lo que posee (o es poseído por) es un dinamismo de amor; y este dinamismo tiene una sola manera de expresarse: *sexuadamente*.

El amor erótico

Podemos ahora entender algo muy importante: que el amor erótico no es algo malo, prohibido... Simplemente se inscribe en ese amplio campo de la relación sexuada entre los seres humanos. El problema está en que nos hemos acostumbrado a usar las palabras sin entender su significado. Para llevar a buen término la tarea educativa en el ámbito de la sexualidad, es de suma importancia aclarar el significado de las palabras. En nuestra cultu-

ra desgraciadamente se asocia demasiado fácilmente e incorrectamente la palabra “eros” a *obsceno* o a *pornográfico*. Ello implica no entender el valor y lo que significa el eros.

Nuestro “deseo sensible” es siempre *sexuado* (en el sentido explicado arriba), pero los hechos a veces muestran que mezclamos todo. Cuando renunciamos a lo genital creemos que debemos matar también el deseo sexuado, es decir, *el deseo sensible (erótico) del otro* por sí mismo. Pero es imposible para un ser humano normal que su deseo sensible no sea siempre sexuado, de lo contrario no sería un ser humano, sino un ángel, y “quien quiere hacerse el ángel... es un animal”, diría Pascal.

El *eros* mira a valores superiores respecto de lo instintivo. La tensión erótica busca algo más que lo genital. El eros se proyecta a la unión de los seres en función de sus dinamismos o cualidades complementarias. El eros está ubicado fundamentalmente en el plano sensitivo-afectivo-emotivo, y experimenta la necesidad de la otra persona para dar sentido a su vida. Para el eros, amar es sentir, entusiasmarse... Sus motivaciones típicas son éstas: el entusiasmo, el sentimiento, la afectividad y la emoción.

El amor busca incorporar al otro en la propia existencia, busca unirse con todo el ser de la otra persona y lograr así la plenitud de la vida y de la existencia. Esto no se puede dar sin pasar por el eros.

La tendencia represiva y antierótica, además de confundir las cosas y los términos, responde a los criterios de una época hipócrita y puritana, nos viene del s. XIX, el siglo pequeño-burgués, que encadenó al eros. Y el dinamismo libertario de hoy, bien o mal (a veces bien y a veces muy mal) desafía a todo ese puritanismo bienpensante... No olvidemos que la potencia de la rebelión de los jóvenes de hoy en estos planos es proporcional a la de la represión. Si los jóvenes se rebelan es porque reaccionan contra una sociedad de explotación y lucro que ofrece más medios materiales que razones para vivir y amar. Quieren liberar al eros de las cadenas del falso orden, del deber hipócrita y de la virtud conformista.

No se trata entonces de que el educador combata al *eros*, sino a la *pornografía* (del griego *pornae* = ramera y *grafein* = escritura, por consiguiente, algo así como “literatura de ramera”).

Una última precisión útil para la tarea educativa: “en cuanto aparece la pornografía, desaparece el erotismo”. Esta regla —que debería desarmar a los censores si no fueran ciegos— es el fruto de experiencias de laboratorio. Se ha probado que en cuanto interviene el arte en una pieza “pornográfica”, todo efecto excitatorio específico cesa. Lo que concuerda con una tesis de admirable lucidez y perspicacia de Raymond Poincaré: “Un libro obsceno es sencillamente un libro mal escrito, el talento nunca es obsceno. Con mayor razón inmoral”.

El hombre es un ser de deseos

Todos los humanos somos seres de deseos. Cada acción que realizamos nace de un deseo. Cuando salgo a pasear, cuando admiro un paisaje, cuando me compro una revista, un helado o un vestido..., todo responde a un deseo que está en mi interior.

Nuestro mismo inconsciente es reflejo de nuestros deseos. Y esos deseos pueden cubrir una gama muy amplia de realidades. Tienen como sustrato *el placer* y el bienestar. En los extremos tenemos los “casos límite” del deseo.

El deseo puede ir desde el sadismo al masoquismo. Puede ir del deseo de hacer sufrir (sadismo), con toda la gama de deseos intermedios. Esto permite darnos cuenta que el deseo es siempre de placer y que puede haber placer aún en los extremos patológicos del sadismo y masoquismo.

Nuestros deseos no siempre son perceptibles, generalmente están sólo como latentes, como ocultos y hay que saber descifrarlos. Otros son manifiestos, como los de entrar en una confitería o en un bar...

Es importante caer en la cuenta de que el deseo es muy poderoso y guía nuestras acciones, aunque en la mayoría de los casos no seamos conscientes de ello. Y esto debe estar claro en un enfoque sano y correcto del proceso educativo, especialmente en materia de sexualidad.

Debemos rehabilitar el deseo como motor de la vida. Tanto más cuando la noción de deseo conserva todavía una cierta marca como de "algo malo", que nos impide mirar de frente y asumir nuestra propia realidad. Sin embargo, asumir el deseo es la única manera de vivir en plenitud ya que la persona equilibra-

da y madura sabe ajustar sus deseos a la realidad.

No podemos dejar de señalar esto porque durante mucho tiempo se ha pensado que la enfermedad mental era la pérdida de la razón, cuando en realidad es la perturbación del deseo!... La enfermedad mental en verdad es o una *pérdida del deseo* (quedarse encerrado en uno mismo sin hacer algo) o una *perturbación de los deseos*.

El deseo es siempre tensión hacia algo. Cuando no es posible cumplir el deseo se buscan *soluciones imaginarias* que permitan seguir viviendo con dicho deseo.

Todos nuestros deseos son deseos sexuales

Ya explicamos que la sexualidad es aquello que nos hace específicamente hombres o específicamente mujeres. Todos los deseos humanos son “sexuales”, entendiendo este término contrapuesto a “genitales”, porque no todos los deseos son genitales.

En otras palabras, al decir que la sexualidad humana se caracteriza por el deseo, se

quiere distinguir del hecho de arrojarse sobre una presa (como el animal), impulsado por una serie de instintos incontrolables. El “deseo” es una cualidad humana psicológica y conduce a una búsqueda del placer y la felicidad. El deseo implica siempre un cierto trabajo de lo imaginario.

La necesidad de la imaginación surge cuando la realidad hace que las diferentes necesidades no puedan ser satisfechas siempre en forma inmediata. Esto se entiende, por ejemplo, en el caso del bebé: sus necesidades alimenticias son siempre satisfechas con cierto tiempo de latencia, de demora. También en nosotros, los adultos, todas nuestras necesidades son satisfechas con cierto tiempo de latencia. Y esto no necesariamente por razones ligadas a las estructuras sociales sino por razones ligadas a la misma existencia humana. La latencia, para explicarnos aquí, es que el bebé tenga hambre y deba esperar, que tenga necesidad del placer y que espere, que tenga necesidad de la que lo amamanta, de afecto, y que espere. Pero como él no puede esperar, entonces se da un proceso curioso, que es algo más que una hipótesis, y que verificamos en esa forma indirecta y muy compleja que es la

experiencia psicoanalítica: tenemos así que ante una necesidad el deseo viene a ser como la anticipación, en lo imaginario, del placer esperado. Es lo que hace que el ser humano, debido a lo agudo de la sexualidad, en ciertos aspectos pueda ser definido como un *ser de placer*, como un *sujeto de deseo*. Estamos como “teleguiados” por el deseo.

De paso tenemos que reconocer que la idea de “libertad sexual” está como inscrita en nuestro interior, porque está inscrita en el deseo. Pero, cuando se dice “libertad sexual” hay que entenderlo en su sentido verdadero y profundo. No se trata de poder saltar, como animales, sobre la hembra o el macho... Se trata de entender que en nosotros existen esas pulsiones, pero que al mismo tiempo están contenidas por la fuerza de la realidad, de nuestra propia realidad humana y de las cosas. *Nosotros nos volvemos humanos por el hecho mismo de que sufrimos el aprendizaje de la satisfacción diferida* (que comienza con la vida). Ese aprendizaje es lo que hace surgir a lo imaginario. Y es lo imaginario lo que nos sitúa como seres humanos, lo que en cierto modo, nos hominiza. Esto no es, evidentemente, el caso de los animales que se arrojan

unos sobre otros impulsados por sus instintos, sin lo imaginario, sin erotismo, sin afectividad.

Aquí estamos ante algo que es de suma importancia entender bien puesto que hoy día se afirman toda suerte de superficialidades pseudo-científicas para justificar el libertinaje sexual. *La conficción* a partir de la observación clínica es que el retardo producido en la satisfacción de la pulsión sexual es una característica constitutiva del ser humano.

En la especie humana el proceso de humanización se da desde su mismo comienzo. Ya en la misma forma de crianza humana se da la satisfacción diferida. Es decir que enseguida no se satisface el hambre, no se aprende a controlar los propios esfínteres, la mamá no está siempre al lado, etc. Y luego será la misma cosa. Los aprendizajes implican siempre algunas suerte de represión (represiones positivas, que son fuentes de desarrollo, pero señalamos que hay también represiones negativas que contrarían el proceso de madurez. Y siempre hay confusión entre ambas).

Cuando decimos "satisfacción diferida", es preciso entendernos. Aquí lo entendemos siempre en un nivel profundo, a nivel *arcaico*,

a nivel de la constitución misma del ser humano. Si no hubiera satisfacción diferida, no habría algo imaginado y no habría deseo, no habría ser humano. Los animales no tienen deseos. Los animales están en celo, se producen en ellos ciertas transformaciones hormonales y luego arremeten. El ser humano no arremete (si es normal...), tiene lo imaginario gracias a lo cual tiene también el erotismo, y tiene también la posibilidad de sublimación. De otro modo, si hubiera sólo satisfacción inmediata, no seríamos seres humanos.

Esto está muy claro para los etnólogos y los antropólogos. Según sus recientes investigaciones, parece que el pasaje del estado prehumano, es decir del mono casi hombre, al estado de hombre, se ha hecho sobre una doble base, que es lo que determina la complejidad del problema que abordamos: sobre la base del trabajo y sobre la base de la regulación de la sexualidad. En otras palabras, el estado de promiscuidad sexual ha existido pero es un estado prehumano, parecido al de los antropoides. Los antropoides cambian a menudo de compañera pero lo que hay que entender es que para ellos no es una compañera, ni siquiera una pareja sexual, es un *objeto sexual*.

La libertad sexual

Creo que ahora podemos encarar mejor el problema de la “libertad sexual”, tan importante en la educación de la sexualidad. Sin hacer un análisis exhaustivo del problema de la libertad, lo que hemos aclarado arriba nos alcanza para poder afirmar que en lugar de encarar la noción de libertad sexual en forma abstracta, se la debe colocar en relación con sus condiciones reales. Más que decir “libertad” en general y en abstracto, tenemos que decir cuáles son las *condiciones* de la *realización* de una libertad concreta. Me libero al conocer las necesidades de la libertad.

Y aquí volvemos al problema del erotismo, es decir, del placer. El erotismo es la búsqueda del placer, o mejor, es la movilización de la “sensualidad” por medio de la imaginación y por medio de la inteligencia. Con esto volvemos a entender que el erotismo no tiene nada de inmoral, no es desvergüenza, es todo lo contrario, es el reverso de la pornografía puesto que la pornografía elimina la dimensión relacional y afectiva.

La dimensión afectiva da a la relación sexual una renovación que el erotismo solo no

puede proporcionar. Es decir que volvemos siempre a esa asociación, a esa armonía de la sensualidad y la ternura que es preciso que el individuo pueda realizar en sí mismo.

La ciencia, la observación clínica y la experiencia humana nos muestran que no se puede, en la sexualidad, disociar sensualidad, ternura, afectividad, relación y comunicación.

La madurez sexual no puede ser la huida ante esta realidad, negándola, excluyéndola o sublimándola. Supone también la aceptación de nuestros impulsos sexuales pues, más allá de la aparente paradoja, sólo si se les sabe reconocer se les puede dirigir.

La educación sexual supone el coraje de afrontar todos estos problemas, aunque sean delicados. De nada vale hacer lo del avestruz escondiendo la cabeza ante la realidad. Sería nefasto desde el punto de vista educativo. Reconocer la realidad es la única manera de capacitar a cada cual, según su edad (niño, adolescente, adulto) para que descubra las riquezas de su originalidad sexual, frente a los impulsos de su genitalidad, para poder orientarles mejor y convertirles en elementos que le permitan llegar a ser persona, es decir, un ser libre y maduro.

CORPORALIDAD HUMANA

"Yo soy mi cuerpo"

No se pueden entender ni el cuerpo, ni el alma, ni el espíritu considerándolos por separado. Todas esas realidades no sólo están íntimamente mezcladas para formar la unidad de una persona humana, sino que se ayudan a existir, se sostienen, se determinan y se penetran mutuamente.

El común de la gente usa un lenguaje que contrapone el cuerpo al alma. Dicho lenguaje no está adecuado a la realidad, es engañoso e incorrecto. Un sentimiento de tristeza, por ejemplo, o de angustia, son siempre fenómenos "humanos": como tales, son también del "alma", pero del alma no en oposición al cuerpo, sino formando una unidad orgánica con él. La angustia humana, por ej., vive en el cuerpo tanto como en el alma.

Cualquier gesto puede ser expresión de la unidad total de la persona: el saludo dirigido al amigo, el pan partido y compartido

entre hermanos, el abrazo al ser querido, el gesto de consolar a un niño triste, las manos juntas para rezar... En cualquier gesto, hasta el más trivial, nuestro cuerpo puede convertirse en compañero dócil, artesano fiel de nuestros deseos de amistad, de fraternidad, de amor.

Cada persona se caracteriza por su figura, su modo de andar, el aspecto de su rostro. Nuestra forma exterior expresa las cualidades, los poderes de nuestro cuerpo y de nuestra conciencia. Nuestra forma está modelada por nuestras costumbres fisiológicas y hasta por nuestros pensamientos habituales. Alexis Carrel (premio Nobel de medicina), dice que la forma del rostro, de la boca, de las mejillas, de los párpados y de las líneas de la cara están determinadas por el estado habitual de los músculos planos que se mueven en el tejido adiposo bajo la piel. Y el estado de estos músculos depende de nuestros pensamientos... Sin que nos demos cuenta, nuestro rostro se modela poco a poco sobre nuestros estados de conciencia. Y con el avance de los años se convierte en la imagen cada vez más exacta de los sentimientos, de los apetitos y de las aspiraciones de todo el ser. Por eso se

puede decir que “a los 40 años cada uno tiene el rostro que se merece”. Porque el rostro expresa cosas insospechadas, aún más profundas que las ocultas actividades de la conciencia (vicios, virtudes, inteligencia, estupidez, sentimientos y costumbres, la constitución del cuerpo y la tendencia a enfermedades mentales u orgánicas, etc.).

El mismo A. Carrel llega a afirmar que la actividad intelectual tanto como el sentido moral de la persona, es inseparable de ciertos estados estructurales y funcionales del cuerpo. Estos estados son la consecuencia de la constitución inmanente de nuestros tejidos y de nuestros espíritus, y también de los factores que han actuado en nosotros durante nuestro desarrollo. Dice Carrel que es evidente que las actividades mentales son inseparables de las actividades fisiológicas. Observamos modificaciones orgánicas que corresponden a la sucesión de los estados de conciencia. Y a la inversa, los fenómenos psicológicos están afectados por ciertos estados funcionales de los órganos.

Todo órgano se halla presente en la corteza cerebral por medio de la sangre y de la linfa. Por esto, nuestros estados de conciencia



se encuentran tan ligados a la constitución química de los humores cerebrales como al estado estructural de sus células. Cuando el medio orgánico se ve privado de las secreciones de las glándulas suprarrenales, por ej., el sujeto cae en una profunda depresión. Los desórdenes funcionales de la glándula tiroides traen consigo, o bien la excitación nerviosa y mental, o bien la apatía. Todos sabemos bien de qué manera modifican la personalidad las enfermedades hepáticas, estomacales o intestinales... Es evidente que las células de los órganos descargan en los fluidos corporales ciertas sustancias que reaccionan sobre nuestras funciones mentales y espirituales.

Y puesto que aquí nos interesa la educación sexual, es fundamental recordar que el testículo, o el ovario, más que ninguna otra glándula, ejercen una profunda influencia sobre la fuerza y la calidad del espíritu de la persona. Después de la extirpación de los ovarios, por ej., las mujeres se ven afectadas profundamente en su carácter.

El mismo Alexis Carrel llegó a decir, luego de pacientes investigaciones, que “el cuerpo entero parece ser el substrato de las energías mentales y espirituales. El pensamiento es hijo

de las glándulas endocrinas, así como de la corteza cerebral. La integridad del organismo es indispensable a las manifestaciones de la conciencia. El hombre piensa, inventa, ama, sufre, admira y reza con su cerebro y con todos sus órganos”!.

Reconciliación con mi cuerpo y mi sexo

Por lo antedicho es urgente —desde el punto de vista educativo— llegar a una nueva concepción de la persona humana, de su corporalidad y de su sexualidad. Tenemos que reconciliarnos con nuestros cuerpos si queremos ser persona. Muchos años y por muchas razones que no podemos analizar aquí, hemos estado como combatiendo y ocultando nuestra realidad corporal y sexuada. La hemos sentido en más de una ocasión como una amenaza, como un límite, y hasta como una tendencia negativa, tentadora...

Es fundamental que el educador, antes de plantearse principios éticos y morales, realice este proceso que hemos llamado de reconciliación. La reflexión humana sobre la sexualidad es siempre anterior al planteamiento ético. La

concepción que tengamos de la persona condiciona y regula la ética que podamos tener. Más aún, una moral infundada resulta siempre insegura, poco convincente. Por el contrario, un buen planteamiento antropológico garantiza la armonía y la rectitud sexuales. Dicho en otras palabras, un error en la concepción de la sexualidad originará además de inseguridad, deterioros y aberraciones en los comportamientos de la persona. La conciencia de la persona terminará por chocar y separarse de una realidad humana que objetivamente se le resiste.

Esta reconciliación con el propio cuerpo y con el propio sexo es fundamental para cualquier relación humana. “El cuerpo es como la envoltura sexuada del corazón”. Sin el lenguaje del cuerpo masculino o femenino, la sexualidad del corazón se quedaría como sofocada, sin salida posible, se apagaría o atrofiaría. En el gesto vibrante y corporal se da cauce al alma o al corazón sexuado de la persona. Es con ese corazón con el que comulga la otra persona, ardiendo ambos en esa maravillosa y palpitante intercomunicación de los sexos.

La realidad sexual no es “un aspecto” o “una parte” del todo humano, es su configu-

ración, una impregnación de *todo* el ser humano. La sexualidad no está sólo en el tipo de cuerpo —masculino o femenino— que tenemos, sino que es *la manera de ser* de la persona entera. Y el cuerpo de una persona sexualiza su alma, su personalidad, y viceversa.

¡Somos sexo!

La apariencia externa, corporal, expresa fundamentalmente lo que somos por dentro. Existe como una sexualidad del espíritu: “hay sexos en el espíritu, antes que los haya en el cuerpo” (Pedro Caba).

Debemos tratar el sexo con absoluta veracidad. La verdad del sexo conlleva la verdad de todo el ser humano. Por esto mismo, a la sexualidad no le conviene tanto el verbo “tener” como el verbo “ser”. Es decir, más que tener sexo, somos y nos sentimos totalmente sexuados, el sexo no es algo que la persona *tiene*, sino simplemente que *es*.

La dimensión sexuada del ser humano no se restringe a la mera forma y organización de los cuerpos masculinos o femeninos, ni a la energía que de dicha organización se des-

prende. La sexualización es de todo el ser, es el mismo ser, por dentro y por fuera. El ser humano está entretejido sexualmente, amasado sexualmente.

Entonces si la sexualidad es algo tan esencial que es impensable un ser humano sin ella, nuestro esfuerzo como educadores se debe dirigir no tanto a proporcionar una información —que indudablemente es imprescindible desde todo punto de vista— sino a descubrir y profundizar en aquellas realidades básicas en las que se insiste poco, no obstante ser claves para una comprensión objetiva de la persona y de su vida.

El lenguaje de la sexualidad

Toda relación entre las personas sexuadas comporta un diálogo —juego expresivo, visual, sonoro, olfativo y táctil. En toda relación podemos decir que siempre está implícita una llamada, una acogida o una presencia buscada. Las personas sexuadas diferentes y separadas se atraen, se aproximan, se rechazan. Pero en todo caso se hablan, ponen en movimiento los recursos de sus cuerpos visibles para expresar,

para sostener la relación, la donación interpersonal de los sexos.

Lo que está en juego aquí es la relación humana, la dimensión social de la persona. El educador no debe temer la expresión erótica. No debe desembocar en la represión del erotismo sin más, que desnaturaliza la carga corpórea, visible y placentera del sexo como amor sensible, como lenguaje, como intercambio de expresiones o gestos y tactos.

Tampoco es legítimo para el educador pensar que el impulso del deseo, que lleva a los sexos diferentes a buscarse y unirse, es una fuerza negra y ciega. De hecho la realidad nos está mostrando que “una de las más cálidas emociones del ser humano está dependiendo de la ternura sexual que acaricia, que habla y escucha en la intimidad de dos cuerpos vivos, envueltos en la presencia y reciprocidad más intensas” (Julián Ruiz Díaz). El mismo Nietzsche llegó a decir: “He aquí la palabra más púdica que he oído en mi vida: en el verdadero amor, el alma envuelve al cuerpo”.

“El tacto es el alfa y el omega del afecto” dijo Bain. Y quien dice tacto dice también contacto... Dice Ruiz Díaz con exactitud que “el alma de la caricia es la ternura. En ese

gesto del deseo, como dice Chirpaz, de efectos sedantes y prodigiosos, el cuerpo y sus miembros se vuelven emocionado respeto, altruismo tan misterioso como sublime. Toda verdadera caricia busca al otro entero y no su epidermis. En la más simple caricia de una mano amante va metida la inefable pujanza de la sexualidad que sale de sí y busca la emoción del encuentro. El gesto de acariciar traspasa la yuxtaposición cutánea y es capaz de crear y sostener el portento emotivo de una comunión de almas, conmovidas en lo más profundo de su ser”.

Por ello, las caricias que median cuando los espíritus están en comunicación, o mejor aún, en comunión, no son meros tactos fugitivos, de unos nervios en ebullición incontrolada, o erotismo superficial, sino que son, por el contrario, expresión profunda y serena de dos personas que se funden en un mismo amor.

¿QUE ES EL SEXO?

Una definición imposible

Habíamos comenzado diciendo que no daríamos una definición de lo que es el sexo. Allí no explicábamos el por qué de esa determinación. Pero ahora conviene volver a preguntarnos ¿“qué es la sexualidad humana”? Y paradójicamente volvemos a darnos cuenta, a pesar del camino recorrido, que desde el momento en que nos preguntamos qué es el sexo nos vemos como acorralados e imposibilitados para responder rápidamente. Y el problema está en que si intentamos dar una definición del sexo, ya nos estamos ubicando, o instalando, en la óptica de una sola ciencia, o de una posición ideológica, o en una posición moral. Al sexo, por sus propias características, se lo puede describir desde diferentes ópticas y podemos llegar a diferentes definiciones según nos ubiquemos en un plano o en otro.

Para ser honestos, nos vamos a mantener aquí en el plano descriptivo, vamos —ade-

más— a mirar la sexualidad humana desde diferentes ángulos, para así proporcionar una visión rica y lo más real posible de lo que es la sexualidad. Lo hacemos sólo con el ánimo de ayudar a todo aquel que enfrenta la tarea educativa. Por ello no entraremos a polemizar en los aspectos conflictivos, ni intentaremos arriesgar definiciones no fundadas. Consideramos que el aporte de las diversas ciencias modernas es suficiente para proporcionarnos una visión adecuada de la realidad del sexo. El poder acceder a un conocimiento de la sexualidad para poder integrarla en forma equilibrada y madura es más importante que intentar definiciones simplificadoras.

¿Qué nos dicen las ciencias sobre el sexo?
¿Qué es el sexo? Volvemos a insistir en la pregunta porque a muchos les puede parecer superflua: todos y cada uno creen saber qué es el sexo. Y basan su pretensión en que su conocimiento nace de la misma experiencia directa personal. Pero creemos que nada está más lejos de la verdad que lo que cree saber comúnmente la gente. Es como una paradoja, pero millones de personas comen, se alimentan desde que nacen y no tienen la menor idea de lo que es la digestión. Sin saberlo crecen y

viven. ¿Qué necesidad tienen de ese conocimiento? Pero, ¿pasa lo mismo con el sexo? Creemos que no, que la diferencia es bien considerable. Mientras la digestión y la totalidad de las funciones corporales son en gran parte automáticas, el sexo esencialmente es usado como algo no automático, como un lenguaje, consciente y voluntariamente.

Desde los aportes que nos hacen hoy día las ciencias, llegamos a la conclusión de que el sexo no puede definirse parcialmente. El sexo no es la función de un órgano o un aparato, tampoco es un simple mecanismo biológico, destinado a un fin definible y concreto. Su esencia reside en la *identidad* del ser. Constituye el eje de la propia identidad. El sexo es uno de los elementos decisivos y determinantes de la persona, pero como hay tantas identidades como personas, la participación que tiene el sexo en cada una es única e intransferible. El sexo de una persona puede definirse más bien como *una fórmula sexual*. Por razones didácticas suele decirse que el sexo final es el resultado de la combinación de *una decena de sexos parciales*. Vamos a compartir y ampliar aquí algunas explicaciones del Dr. Florencio Escardó, pues las consideramos muy

claras y pedagógicas (ver *Diálogo con la pareja y el hijo*, N° 2, Cuántica Editora, Bs. As.)

Lo que dicen las ciencias

Cuando por la unión de dos medias células (una que viene del padre y otra de la madre) se constituye el huevo, ya queda señalado su sexo. Biológicamente existe el *sexo genético*, que responde a la estructura femenina, y respectivamente masculina, del núcleo celular de cada célula del organismo humano. Cada núcleo tiene 22 pares de cromosomas somáticos y dos sexuales. De cada par, un cromosoma es de origen materno y otro de origen paterno. El equipamiento cromosomático de la mujer se caracteriza por 22 pares de cromosomas somáticos más dos cromosomas X (XX), mientras que el del varón es también de 22 pares más un cromosoma X y otro Y (XY); el masculino (XY) es inducido a partir del femenino. Como se concluye de lo antedicho, el sexo base es femenino (XX) y esto desautoriza el mitológico “principio de Adán” (contra el pensar de los “machistas”), pero debemos aclarar que dicha realidad no justifica una superioridad genética femenina porque

ésta es neutra (contra el parecer de las feministas).

Tenemos entonces que de la unión de las medias células ya queda señalado el sexo del huevo, pero ello no quiere decir que de la evolución interior del huevo vaya a surgir por simple desarrollo un sujeto femenino o masculino. El proceso es más complejo de lo previsto.

La fórmula genética del huevo no es sino una importante probabilidad inicial. El sexo del huevo es el *sexo gamético* (gametas son las células germinales generadoras: el espermatozoide y el óvulo), y como la determinación celular de esas formaciones se hace por las distribuciones de corpúsculos que se llaman cromosomas, como vimos, el sexo gamético es antes *cromosómico*. Los cromosomas se tipifican por la estructura especial de una sustancia llamada cromática, de modo que el sexo cromosómico es la resultante del *sexo cromatínico*. Inmediatamente comienza a producirse una división del huevo hacia los estados sucesivos de mórula, blástula y gástrula, nombre de las diferentes fases por las que pasa el embrión. Poco a poco se va diferenciando dentro de él, el aparato sexual interno, que establece lo que

podemos llamar el *sexo interno*, o sea, los conjuntos celulares que serán en el futuro el ovario y el testículo. Estas formaciones, conviene saberlo, no son de modo absoluto coincidentes en el sexo del huevo, sino que dependen de otras determinaciones muy complejas de la embriogénesis.

Siguiendo el proceso de evolución, se desarrolla luego lo que podemos llamar el sexo externo, o sea la vulva y vagina, el pene y bolsa fetales.

El sexo genital (gonadal), responsable de los órganos genitales propios del varón y de la mujer, que determina directamente el tipo de glándula genital (ovario o testículo) tiene también su evolución. La pregónada surge a los 37 días de vida embrionaria y se diferencia ya a partir de la novena semana. En referencia a los órganos genitales, cada sexo (masculino y femenino) tiene el esbozo embrionario del otro: el esbozo masculino (el canal de Wolf) y el esbozo femenino (el canal de Müller). Es a partir de esta real bipotencialidad embrional que el desarrollo se orienta preferentemente hacia uno de los dos sexos —sin anular por completo al otro, que queda solamente como atrofiado— mediante dos induc-

tores básicos, uno de orden genético y otro de tipo hormonal. Esto es importante señalarlo porque generalmente el sexo genital corresponde al genético. Pero a veces hay inversiones.

Es a partir de este momento del desarrollo que se produce un fenómeno de capital importancia: todo el feto, y no sólo las partes sexuales, ya diferenciadas, se impregnan de una sustancia hormonal especial, que viene de la madre, y que al parecer es la determinante de la evolución psicosexual global del sujeto.

La descripción de este proceso nos hace entender cuántas instancias sexuales ya están cumplidas cuando el sujeto nace. Advertimos que en la brevísima descripción que hicimos, se supone que todas las etapas se encadenan en forma normal y coherente para dar un resultado definitivo y unilineal. Pero en la clínica no sucede siempre así, y puede pasar que un sujeto tenga en su sexo interno una mezcla de ovario y testículo, llamado ovotestis o un ovario de un lado y un testículo del otro, lo que da lugar a los estados intersexuales. También puede suceder que, con órganos sexuales internos femeninos, por ejemplo, el sujeto tenga órganos sexuales externos masculinos. Esto

explica todas las anomalías sexuales, que si bien no caben en la intención de esta explicación, sirven para comprender la complejidad del proceso y, sobre todo, el hecho importante de que cuando el niño nace se le impone un sexo, llamado *oficial*, unido a un nombre propio que lo acompañará de por vida, no sólo como identidad legal, sino que determinará de manera muy poderosa cómo será vestido, peinado, considerado y tratado por los demás: si es María como niña, si es Juan como varón. Señalamos este hecho porque su profundo significado se valora si, por ej., Juan —tratado como tal desde su nacimiento— descubre a los 20 años que su sexo real es el femenino... contradiciendo el estilo de vida que le ha sido impuesto por el sexo oficial.

Pero volvamos ahora al caso ejemplar. El sujeto crece como varón o mujer y es criado como tal. Hacia la pubertad se hace capaz de engendrar, en cuanto que produce gametas (espermatozoides u óvulos) y surge entonces el *sexo hormonal*. Todas las glándulas genitales, bajo la dirección de la hipófisis, que es sexualmente neutra, y del hipotálamo (estructura nerviosa, cerca de la hipófisis) que es sexuado, segregan simultáneamente hormonas

masculinas (androgenio) y femeninas (estrogenio), pero en proporciones diferentes, dando origen a las características secundarias de la sexualidad. Así tenemos también lo que se llama el *sexo somático secundario*. Según la impregnación de hormonas masculinas o femeninas en las estructuras nerviosas (del hipotálamo), éstas harán funcionar la hipófisis del modo masculino (estable) o del modo femenino (cíclico), determinando además un comportamiento masculino o femenino. El propio cerebro se configura de diferente manera en el varón y la mujer. Esta impregnación hace surgir los caracteres típicos del cuerpo femenino o masculino: senos, caderas anchas, nalgas redondeadas, cutis fino, cabello fino, voz aguda, relieves grasos redondeados, en la mujer; hombros anchos, nalgas planas, cutis grueso, barba y bigotes, pilosidad genitalizada, voz grave, desarrollo muscular notorio, en el hombre.

La observación directa permite ahora asomarse a la infinita variedad de lo sexual. Puede haber mujeres con algunos rasgos masculinos, por ej. las nalgas planas, y viceversa. Es bueno meditar en este ejemplo para deducir cómo en el resultado final de lo que hemos lla-



mado *la fórmula sexual*, los componentes pueden variar en sus proporciones, sin que pueda afirmarse una condición sexual no definida.

Se suma a todo esto el conjunto de ademanes y gestos, en lo que podríamos llamar el *sexo gestual*. Puede haber hombres de maneras femeninas y mujeres de expresión corporal masculina.

Pero no termina aquí la serie. Hay todavía un *sexo social*, constituido por el modo con que cada cultura pretende e impone que cada sexo deba comportarse, definiendo en una forma implícita, pero siempre poderosa, qué es “ser como un hombre” o “ser como una mujer”. Y esto lo hace de mil maneras, en el modo de vestirse, etc., y sobre todo en la elección de las tareas que dice ser femeninas o masculinas...

Finalmente, tenemos también el *sexo psicológico*, del que hablaremos más extensamente luego y que está fundado en la conciencia que tiene cada cual de su sexo y que está afectada por varias realidades: por el conocimiento que del propio cuerpo tiene el sujeto, por el criterio diferencial con el cuerpo del otro sexo (el acceso al conocimiento del otro cuerpo es uno de los más importantes factores del ero-

tismo); por la conciencia de cómo cada cual mira y considera al otro sexo, desde su sexo, y por fin, cómo cada cual desea ser mirado y considerado en su sexo desde el otro sexo.

Lo que hemos venido diciendo hasta aquí, sirve para entender cuán absurdo resulta buscar una definición lineal del sexo. El sexo sólo puede ser encarado como *el eje de la identidad* individual compuesto por múltiples elementos físicos, fisiológicos, psicológicos y sociales, en compleja y original combinación, que da en cada sujeto un resultado absolutamente específico e inédito.

La sociedad y el sexo

Más allá de las afirmaciones que podemos hacer desde los aportes de la biología, nos tenemos que preguntar si realmente existen conductas y prohibiciones sexuales que no estén condicionadas por la cultura. Se trata de saber si hay un comportamiento sexual que por sí mismo no esté influido por aspectos socio-culturales y si esos aspectos impiden o desarrollan el proceso de integración en la persona. Y esto porque los sociólogos comprueban que si bien no hay comportamiento universalmente prohi-

bido, tampoco hay cultura que no haya establecido algún tabú sexual.

Desde el punto de vista antropológico, los seres humanos se elevan por encima de los datos biológicos y son libres para elegir la expresión sexual que prefieran. Poseen la capacidad necesaria para integrar cualquier forma de expresión en su proyecto humano global. Lo único "natural" para la persona es aceptar la vida en libertad.

Algunos estudiosos del fenómeno humano afirman que los seres humanos, por estar dotados de conciencia, se elevan sobre sus "datos" bioquímicos y anatómicos hasta el punto de reestructurar su sexualidad y convertirla en una modalidad altamente personal.

Pero la realidad que descubren los sociólogos es que estamos lejos de poder vivir plenamente esa integración libre y personal de la sexualidad. Hoy se le dicta desde fuera al hombre la conducta sexual que debe asumir. La sociedad de consumo ha descubierto en el sexo un producto de enorme potencial lucrativo, que puede ser explotado por los mecanismos de la oferta y la demanda. El consumidor piensa que es libre porque puede elegir entre las múltiples etiquetas y tamaños con que apa-

rece el sexo (producto, en este caso) en el mercado. Pero no es libre con respecto al producto en sí. Su sexualidad ha sido “colonizada”... Y detrás del camuflaje del llamado “amor libre” (que de libre tiene poco y de amor menos) —moneda acuñada por las sociedades opulentas— se esconde una ideología que entre otros elementos especula con el erotismo del hombre para poder subsistir. Pero una cosa es el amor como práctica de la libertad, y otra el uso de la sexualidad, sin otra finalidad que la de apagar el instinto, sin otra libertad que la de poder apagarlo.

Es interesante notar aquí que incluso muchos de los que se muestran más críticos de la sociedad de consumo, en este aspecto se han adaptado perfectamente a ella. En el fondo parecería que en este punto no tienen mejor alternativa de futuro que ofrecer la de la ideología reinante.

Otro de los puntos que nos revelan la teoría y la práctica sociológicas se encuentra en el área de los *condicionamientos*. Por mucho que los aceptemos como naturales, de hecho la mayoría son de origen cultural y como tales pueden funcionalmente ser necesarios durante algún tiempo y autónomos en otro tiempo.

Una vez que ya no son más necesarios para sobrevivir, los condicionamientos suelen servir generalmente al interés de algún grupo que tiene poder, para conservar aquella situación que conviene prolongar para su propio provecho.

La sociología también nos ha hecho caer en la cuenta del papel que desempeña el contexto social en la codificación de las costumbres. La sexualidad humana no escapa a ello. El llamado “código moral” de la sociedad burguesa es un buen ejemplo. No podemos pasar por alto la parte de responsabilidad que ha tenido la “época victoriana” en la transformación de la sexualidad en *tabú*, estableciendo los conceptos de honestidad y buenas costumbres sobre una base antisexual. También la Iglesia católica contribuyó negativamente marcando decisivamente la actitud de la actual generación respecto al sexo. Todavía en 1963 Confort podía reprochar: “el haber hecho de la sexualidad un problema es la obra más negativa del cristianismo...”.

No se nos escapa tampoco que en un sentido general, las normas tienen una función político-social y pueden convertirse en instrumentos del poder. Es curioso que todos los re-

gímenes totalitarios y autoritarios defienden una moral sexual rígida, que subordina la sexualidad a un fin “superior”.

Es verdad que el hombre crea su cultura y su sociedad, y que las desarrolla en forma permanente; sin embargo también es verdad que, al mismo tiempo, el hombre es un producto de esa cultura y de esa sociedad.

Los investigadores sociales han observado que en las sociedades en las cuales la sexualidad es una manifestación natural de la vida hay menos agresividad, tanto a nivel individual (asesinatos, robos, violaciones, etc.) como grupal (guerras, etc.). Esas sociedades no son anárquicas, tienen también un orden estable, que en la mayoría de los casos está basado en el amor al prójimo y apenas si se insinúan en él las estructuras de dominio que, en última instancia traen como consecuencia la injusticia. Además, las enfermedades psíquicas (neurosis, psicosis, etc.) son prácticamente desconocidas en esas sociedades.

Una breve ojeada a la historia de la moral en el Occidente nos demuestra que los preconceptos morales distan mucho de ser “naturales”, puesto que tienen sus raíces en necesi-

dades políticas, sociales, culturales y hasta económicas en muchos casos.

Por eso la educación sexual —en sociedades represivas— se limita, por lo general, a la explicación de los procesos y funciones biológicos. No se enseña, en cambio, que la sexualidad es una realidad que podría ser grata y sana, que —por encima de eso, y según lo atestiguan todas las ciencias actuales— es decisiva para la conducta social integrada de la persona y para el éxito o fracaso de su vida, y que por esa razón también ejerce una influencia decisiva sobre el clima moral y sobre la organización de una sociedad.

La psicología: Masculino-Femenino

También la psicología profunda ha revolucionado las convicciones que se tenían respecto de la sexualidad humana, sobre las que se asentaban principios y conductas. Freud puso de manifiesto el lugar central que ocupa la sexualidad en la vida humana y el rol de los mecanismos de represión y de sublimación. A partir de Freud se ha ido viendo con mayor claridad que la sexualidad no es una función entre tantas, sino una de cuya integración o

no integración depende en forma decisiva el sano desarrollo de la persona.

Una mala integración sexual (sobre todo de la sexualidad infantil) trae consigo una mala integración general de la persona. Las trizaduras y los “cortocircuitos” a veces tardan años en aparecer. Es lo que sucede en una neurosis. Es importante también saber que los episodios que ponen de manifiesto una neurosis no son exclusivamente personales, a veces son de orden social. Una sociedad en crisis puede engendrar angustia, soledad, desesperación. Y entonces se desencadenan conflictos que en una vida menos puesta a prueba hubieran quedado latentes.

En cuanto a la represión y a la sublimación, éstas son correlativas de la realización de la sexualidad en un objeto que es fundamentalmente una persona. Ahora bien, como vimos ya, la sexualidad no es un hecho puramente biológico, es también espiritual e histórico. La importancia del aporte de Freud al conocimiento del hombre está en lo que podemos denominar —sintetizando— sus cuatro descubrimientos geniales:

El primero es que la conciencia no es más que una pequeña parte del psiquismo (como

la cabecita de un "iceberg" que aflora sobre la superficie de las aguas y por debajo es una mole enorme que está oculta), que a su vez está dirigido por procesos psíquicos que se desarrollan las más de las veces de forma inconsciente y que, por tanto, no son accesibles al control de la conciencia.

El segundo gran descubrimiento freudiano es que el niño ya desarrolla una sexualidad precoz que nada en absoluto tiene que ver con la reproducción. Por eso la sexualidad y la reproducción, sexualidad y genitalidad no son cosas equivalentes.

El tercer gran descubrimiento de Freud es que la sexualidad infantil, de la que forma parte igualmente lo esencial de la relación padres-hijos, se reprime generalmente por miedo a las sanciones morales. Esa represión de la sexualidad infantil la sustrae de la dominación de la conciencia, pero no le puede retirar su fuerza, sino por el contrario, la acrecienta y hace que se manifieste en distintos trastornos patológicos de la vida psíquica.

El cuarto descubrimiento fue que las instancias de moral sexual en el hombre, muy lejos de tener un origen innato o "natural", derivan esencialmente de las medidas educa-

tivas y de los esquemas culturales de los padres y de sus representantes en la primera infancia.

Complementando estos aportes de Freud, tenemos que mencionar también las conclusiones a que llegó su amigo y discípulo C. G. Jung, por la importancia que tienen para la tarea educativa que pretende la integración de la sexualidad en la persona humana.

Con Jung debemos concluir que las formas históricas de manifestación de la sexualidad en el hombre y en la mujer varían muchísimo, como ya hemos visto además por las conclusiones a que llegan las otras ciencias modernas. Lo masculino y lo femenino surgen de supuestos biológicos diferentes. Pero, con todo, las diferencias biosexuales no deben ser excesivamente subrayadas. La distinción de los sexos es real, pero no tan absoluta como a veces se piensa. Tanto la femineidad como la virilidad están presentes en cada persona humana. “Creemos —afirma el filósofo J. Guittou— que existe un halo femenino en todo ser masculino, como una presencia, una virtualidad viril en la mujer...”. Esta apreciación intuitiva, se ve confirmada por las investigaciones psicológicas de Jung. Tan es así que la per-

sona puede decirse plenamente humana (como varón o mujer) en la medida en que haya llegado a armonizar en su interior esos dos componentes.

Hoy podemos decir, sin temor a equivocarnos, que entre el varón y la mujer no hay diferencia de calidad sino de estructura. Esta diferencia estructural es psicofísica pero tiene la característica que en lugar de hacer del varón y de la mujer realidades separadas, encerradas en sí mismas, proyecta a ambos en una abertura y mutua acogida, una mutua interrogación y respuesta. El varón lleva en sí ese "arquetipo" y componente femenino innato que desde Jung se llama *anima*; la mujer, por su lado, lleva el componente masculino que se llama *animus*. Esos dos arquetipos se invocan mutuamente en un anhelo de unión íntima y profunda.

Esta afirmación tiene muchas consecuencias. Cada uno (varón o mujer) es al mismo tiempo, aunque sobre articulaciones diferentes, masculino y femenino. El varón no es la mujer pero tiene una dimensión femenina; la mujer no es el varón pero, asimismo, tiene una dimensión masculina en su interior. En el diálogo, en la aceptación e integración de estas

dos dimensiones mencionadas dentro de cada uno, la persona humana crece y madura.

Entonces, es fundamental que el padre de familia o el educador en general, se interrogue sobre *¿qué es ser varón?*, *¿qué es ser mujer?* Ayudará a responder el tener en cuenta las categorías de “masculinidad” y “femineidad”. Y esto porque en realidad “masculino” no es sinónimo de varón, ya que puede haber, como vimos, masculinidad fuera del varón, o sea, en la mujer. Y “femenino” no es lo mismo que mujer, ya que puede haber femineidad en el varón. Esta observación nos parece de enorme importancia a nivel educativo. Es la única que nos evita simplismos peligrosos y la única que tiene en cuenta las consecuencias graves que se deducen para la relación varón-mujer. La identificación de lo masculino con el varón y de lo femenino con mujer ha traído siempre consigo nefastas discriminaciones y una comprensión distorsionada e injusta de las relaciones y de la complementaridad varón-mujer.

El varón proyecta y vive su inconsciente en la mujer. La mujer, a su vez, proyecta su inconsciente en el varón. En la terminología de Jung, la mujer siente la vivencia del *ani-*

mus (la imagen del varón que posee dentro de sí) concretizado en un varón; el varón, por su parte, descubre su *anima* (la imagen de la mujer que lleva dentro de su inconsciente) concretizada en una mujer. Esto permite explicar el enamoramiento “a primera vista”, el “me-tejón”, etc. Esas expresiones populares son reflejo de algo muy real y profundo: la adecuación entre una persona que vemos o conocemos y el arquetipo que llevamos adentro (el varón se enamora de una mujer que responde o se adecuaba a su *anima*).

La reciprocidad sexual

Por el hecho de incluirse mutuamente, el varón y la mujer no se encuentran uno al lado del otro, sino uno frente al otro. Uno se descubre en el otro; a la luz de la mujer, el varón se capta como varón; a la luz del varón, la mujer se percibe como mujer. Podemos concluir entonces que la *reciprocidad* constituye la experiencia básica del ser humano en cuanto varón y mujer. Esto es fundamental para el proceso educativo. No podemos avanzar en la integración de la personalidad de los jóvenes sin procurar el encuentro entre los sexos,

sin ayudar a esa relación recíproca que tiene una finalidad mucho más honda e importante que la cópula o la pareja humana. La misma integración de la persona humana como varón o mujer depende de esa reciprocidad.

Cada cual está en una relación dialogal con el otro sexo. Nadie puede esquivar esta relación de reciprocidad dialogal ni posponerla. El encuentro es siempre fundamental. Ninguno, además, posee superioridad sobre el otro. Cada cual tiene una riqueza propia y específica que donar y recibir.

Si ser humano significa masculinidad y femineidad como modos diversos de ser, no existe ninguna dependencia de inferioridad entre ambos sexos. No se puede hablar de complementación como si uno sin el otro estuviera incompleto... Lo que existe entre varón y mujer es reciprocidad. Por esa reciprocidad y ese contemplarse en el otro se llega a la madurez femenina o masculina. Cuanto más integrado es cada uno, más recíproco puede ser. Y en este intercambio vivencial de mutuo dar y recibir la riqueza de uno y otro, ambos maduran psicológicamente y van asumiendo progresivamente sus propias características.

Por eso la reciprocidad entre los sexos es mucho más vasta que las relaciones sexuales-genitales. La reciprocidad sexual rebasa la genitalidad. El ejercicio genital del sexo es sólo una de las formas en que se manifiesta la sexualidad y no la agota.

Por eso también podemos decir que lo humano no es uno (varón o mujer) sino dos; dos en participación el uno del otro. Uno mismo se ve delante del otro complementario, como una posibilidad junto a otra posibilidad.

La diferencia sexual se presenta entonces como un factor de identificación de sí mismo y como base para la reciprocidad más radical. La sexualidad no es de suyo acaparadora, posesiva, sino que está profundamente marcada por una clara dimensión de alteridad, de proyección hacia afuera, hacia el otro.

CRITERIOS ETICOS

Un arduo aprendizaje: la humanización del sexo

Desde los primeros brotes de la propia "energía sexual" el hombre y la mujer se sienten polarizados entre sí, en anhelo y atracción casi irresistibles. Descubrirán la maravilla que habita la sexualidad, aún captando sus límites, en la medida con que puedan pasar por un aprendizaje bien informado y bien llevado a cabo.

Las adquisiciones científicas que hemos visto, libres de prejuicios de escuelas y de planteos ideológicos, proporcionan hoy los datos fundamentales para el conocimiento realista de la sexualidad humana. Una sana información y una equilibrada práctica son, sin duda, factores ideales para madurar en esa dimensión humana que se nos da al nacer, pero que para lograr su pleno y gratificante desarrollo implica un proceso de aprendizaje.



Ante los primeros escarceos sexuales que experimentan el varón y la mujer jóvenes, no podemos menos que reconocer —primeramente— su lado encantador y noble, cuando a tientas emprenden la exploración de sí y del otro sexo. Pero, aun reconociendo la legitimidad de ese juego universal y sobre todo sabiendo que es necesario, todo joven ha de recurrir a ciertas pautas de experiencia previa, de sus mayores, a ciertos criterios que le ayudarán a no desembocar en un autoerotismo vacío, o en caprichos, o en una mera yuxtaposición epidérmica de dos seres.

Quedarse en esos planos de la relación supondría el riesgo, por desgracia nada hipotético, de que la sexualidad de ambos (varón y mujer) se distorsione, se pervierta y se frustre desde el principio, con enormes y trágicas consecuencias para el futuro de dichas personas. Se debe evitar desde el principio el peligro de que se encaren mal las primeras experiencias y se acumulen decepciones y prejuicios que perjudicarán la vitalidad total de quienes entran con tan mal pie en la vivencia de lo sexual.

Cualquier error, apresuramiento o una mal entendida espontaneidad biológica e ins-

tintiva, pueden impedir que la sexualidad se integre bien en la relación humana y permita una experiencia gozosa y espiritualmente fecunda.

La sexualidad maltratada inexorablemente se tomará su venganza malogrando para siempre la plenitud hacia la que tiende todo hombre y toda mujer. Por esta razón, entendemos que el proceso de aprendizaje es fundamental e inevitable.

Hacia una sexualidad responsable

La sexualidad recibe su significado y su sentido de la persona, de su ser y hacer, de su fe y de su esperanza. El hombre, al encarar su sexualidad, se encuentra como responsable no de algo pre-personal o sub-personal, sino de una realidad que ha quedado radicalmente integrada en su ser de persona. La norma de la sexualidad, podemos decir, es el hombre mismo en cuanto ser libre, que se relaciona con los demás en todos los planos: corporal, afectivo, espiritual.

La fidelidad, la honradez y el respeto a la dignidad de las personas son aspectos fun-

damentales y permanentes de la respuesta ética.

Creemos que el comportamiento sexual de una persona debe guiarse por los mismos valores y normas que todo otro comportamiento humano. La moral sexual es sencillamente una parte de la actitud moral del hombre, que abarca todas las facetas de la vida humana. Para optar se debe recurrir no sólo a las propias convicciones de fe, de entender al hombre y su mundo, sino también a las ciencias empíricas, a la experiencia humana y a los ideales personalistas, a fin de prevenirse contra el libertinaje, la irresponsabilidad y la manipulación de las personas como meros instrumentos de satisfacción egoísta.

Hacia una sexualidad madura

La madurez humana implica el diálogo corresponsable con el otro sexo y no la mera relación génito-emocional. La madurez afectiva, además, se reconoce en que el sujeto goza en sus contactos con el otro sexo de una facilidad, de una seguridad y libertad que no posee el inmaduro, el neurótico. Mientras que éstos

dan la impresión de sentirse constantemente amenazados por un enemigo posible, la persona afectivamente madura no se defiende contra el otro por medio del repliegue sobre sí mismo, incomunicándose, o pretendiendo el "dominio" del otro, o por medio de cualquier otro recurso que le sugiera su inseguridad básica.

El ser afectivamente maduro implica que se puede buscar y aceptar los contactos relacionales sexuales y que también se puede tolerar el estar momentáneamente privado de ellos. Además, el maduro no recurre a la seducción para desarmar al "enemigo", ni tampoco huye. Se hace "cordialmente" (de corazón) presente al otro en la comprensión, el respeto y la simpatía. Y el otro se le hace presente a él. Entonces es posible una comunicación real y "cordial" porque hay un respeto de la "esfera íntima", personal, de uno mismo y del otro. Su sexualidad está integrada, dispuesta al servicio y a la apertura para recibir al otro como otro, en su ser de hombre o de mujer.

La obtención de la madurez afectiva supone necesariamente la integración de la sexualidad más allá del plano instintivo, en la

esfera de la personalidad humana. Toda persona es un ser sexuado y su obligación es reconocer su sexualidad y no perderse, disimularse u obsesionarse en ella.

Llegar a la verdad de su sexualidad no es considerar lo sexual como un mero centro de placer ni como un mero instrumento biológico de la procreación humana. Llegar a la verdad es descubrir la sexualidad como centro de comunicación interpersonal por la mediación del cuerpo, como signo e instrumento de la apertura al otro.

Las personas se despliegan en la realización objetiva de lo que han de ser por medio y en la sexualidad. El sexo es uno de los tantos elementos necesarios de la persona que contribuyen a su humanización.

Las comprobaciones de las ciencias psicológicas nos permiten interiorizar aún más en este aspecto. Una vida sexual, por ejemplo, completamente absorbida por la búsqueda de satisfacciones de orden génito-erótico sería como un intento enfermizo de verificar constantemente la existencia de una realidad de la cual se duda.

Es también un signo de inmadurez afectiva la aparente ausencia de atracciones se-

xuales, de enamoramientos. En esos casos la sexualidad está latente, pero al no haber sido reconocida ni aceptada, se ha transferido y disfrazado en distintos aspectos de la conducta. Aparece así, muchas veces, la imagen del "solterón", desagradable y chocante en su convivencia humana. La soledad afectiva, la privación de la intimidad y de la tierna delicadeza femenina (o masculina, según el caso) puede crear, si no se toman las precauciones convenientes, una peligrosa amortiguación de la sexualidad, que engendra por rebote la dureza o tristeza de corazón y el fariseísmo.

Quien teme a su sexualidad intenta ponerse a salvo de ella "blindándose" contra todo aquello que denomina "peligro de la carne". Se reviste así de una envoltura psicológica impenetrable: se hace y se muestra indiferente, o agresivo, o rudo, "censor de costumbres", inhumano, en una palabra: *tiene miedo de amar*.

En estos casos la sexualidad deformada se ha cobrado una dolorosa compensación: levantó un muro que impide la irradiación del verdadero amor, que es la apertura al otro para aceptarlo y hacerle bien, todo envuelto en la simpatía.

La capacidad de renunciar a la expresión genital en una relación humana no implica —como ya explicamos— matar el deseo “sexuado” del otro, es decir, *el deseo sensible* del otro por sí mismo; porque es imposible para el ser humano normal que su deseo sensible no sea sexuado, de lo contrario no sería un hombre (o mujer), sino un ángel (o espíritu puro)...

Quien quiera encarar correctamente su sexualidad nunca puede olvidar que sólo la dinámica de un sincero y profundo amor por la persona puede liberar al sexo de sus condicionamientos, transferencias y disfraces.

La posesión de la verdad de su propia sexualidad le exige a la persona una renuncia a la actuación *instintiva* de sus fuerzas eróticas. Sin esta renuncia no puede haber madurez ni vida sexual sana, o humana.

Hacia un amor personal

No está demás insistir nuevamente en que la sexualidad humana normal es esencialmente hetero-erótica y que tiende o busca no un “objeto” que produce placer, sino un “cuerpo

vivo” que atestigüe la presencia de una persona humana.

La fuerza, por lo tanto, del mal llamado “instinto sexual humano” no radica principalmente en lo puramente instintual sino en la necesidad que experimenta la persona de “unirse a alguien”. Y esta necesidad de unión corporal no es sino la expresión superficial de una necesidad más profunda: “unirse a una persona” en un diálogo íntimo y que alcanza una dimensión muy profunda del ser. Será entonces un diálogo sincero e íntimo, mutuamente fecundador y que tiende a expresarse en una unión de los cuerpos.

Por esto podemos decir que lo sexual en la persona humana es principalmente “nostalgia” y búsqueda de amor. De la experiencia de soledad, que la persona encuentra en el fondo de sí misma, brota “arquetípicamente” —diría Jung— el anhelo del compañero o la compañera, del “tú” complementario. Es ansia de unión íntima, profunda y, por consiguiente, personal.

El ser humano, al ser un espíritu encarnado, traduce esta ansia en un afán de presencia física, de contacto, de unión corporal.



La sexualidad cobra su verdadero y hermoso sentido cuando va ligada a un amor personal. El descubrimiento no ya del otro como objeto o cuerpo sino de la “mujer-persona” o del “varón-persona”, de ese “tú” que responde a la necesidad profunda (el *animus* o *anima* de cada uno), hace también que la persona busque su compañía, su presencia física. Los cuerpos se acercan y se unen pero este acercamiento y esta unión significan y expresan otra más profunda. Constituyen un lenguaje que estimula y facilita el diálogo personal del amor.

La moral y el sexo

Lo visto y explicado hasta aquí sobre la sexualidad humana es bien suficiente como para entender que no es posible proporcionar un *catálogo* de “recetas” morales respecto de lo que debe ser la conducta sexual en cada caso. Tampoco se pueden clasificar o codificar los actos humanos, dentro de los cuales están los referidos explícitamente a la sexualidad.

La ley moral no puede ser concebida como una lista de afirmaciones o negaciones, com-

parables a los artículos de un código de legislación positiva. No es *codificable* de esa manera. El no haber tenido esto en cuenta es una de las raíces de la crisis actual de la moral.

Venimos de una generación que convirtió en una especie de ley positiva, más aún, de legalismo, lo que pretendía ser un conjunto de principios abiertos, pensados para ayudar y orientar al hombre en su conducta. Ese legalismo llegó hasta anular el papel imprescindible de la conciencia personal en la dirección de la vida moral de cada uno.

El remedio estará en la medida en que volvamos a orientarnos decididamente hacia una moral de principios abiertos, en consonancia con el papel irrenunciable de la conciencia personal. No es correcto seguir ofreciendo un sistema cerrado de normas de conducta que se expresan en proposiciones estáticamente definidas, con las que se puede establecer una suerte de “código” de conducta rígido y válido para todos los tiempos y lugares, como la letra de una ley escrita de una vez para siempre que se trata de interpretar en forma casuística.

Lo que se debe hacer es proponer principios morales que orienten a la conciencia recta del individuo en cada circunstancia. Esto, evi-

dentemente es más exigente, pero es lo único que nos da garantías de que se respeta una conducta libre y por lo tanto humana. Esos principios serán concebidos como “direcciones de valor”, abiertos a la complejidad de la realidad y de la evolución histórica.

Esto no quiere decir que el enfoque moral deba ser indefinido y abstracto. No creemos que este enfoque impida dar pautas concretas y facilitar un proceso educativo en el campo de la sexualidad. Creemos que este enfoque es el único liberador y educativo, que puede y debe perfectamente ser “aterrizado” en las situaciones concretas. Los principios morales, en cuanto “direcciones de valor”, deben ser expresados de alguna manera en normas de conducta concretas, que traduzcan en la práctica, en la vida real, los valores señalados por dichos principios.

Se dirá que siempre queda un elemento de “riesgo” en este enfoque. Y tenemos que admitirlo sinceramente puesto que es correlativo a la indeclinable “responsabilidad” personal de la vida moral. Hablar de acto moral es hablar de libertad, y hablar de libertad es hablar de riesgo. Sin riesgo no hay responsabilidad, no hay tampoco amor.

No se nos escapa aquí el hecho de que tradicionalmente, para valorar la moralidad del comportamiento sexual, se formulaba una simple pregunta directa: “¿es moral o inmoral esta acción”? Y esta postura encierra peligros y fallos morales muy significativos.

En primer lugar, no presta la debida atención a la complejidad del acto moral humano. Esta posición es muy simplista y entiende que la moralidad puede darse al margen de la intención y de la decisión humana personal, que es posible juzgar los actos específicos considerados aisladamente. Pero la moralidad es algo que implica no sólo el acto objetivo específico, sino también las circunstancias que siempre tienen importancia y lo complejo de la intención humana.

En consecuencia, creemos que desde el punto de vista de la metodología ética, que tiene en cuenta el aporte de las nuevas ciencias del conocimiento del hombre, la cuestión habría que formularla más bien así: “¿es este acto, en sí y de por sí, un medio adecuado y positivo de expresar la sexualidad humana? ¿Puede entrañar, desde la perspectiva de la dignidad humana un valor o un contravalor”?

Dicho brevemente, afirmamos la conveniencia, en la cuestión ética, de preguntarnos si un comportamiento sexual específico realiza o no ciertos valores conducentes al desarrollo creador y a la integración de la persona humana.

Valores morales orientadores

¿Cuáles son los principios y los valores morales que pueden orientar al ser humano en el desarrollo de su vida sexual?

Entendemos que *el principio rector* de toda la moral sexual, no puede ser otro que *el amor al prójimo como a sí mismo*. Los demás principios serán siempre una extensión, una consecuencia, una “explicitación” o una condición de aquél.

Ahora bien, podemos desplegar el principio del amor, como rector de la moral sexual humana en estos principios (valores) más concretos y restringidos:

1) Autoliberación

La sexualidad humana fluye libre y espontáneamente de las profundidades del ser

humano. De ninguna manera es una realidad terrible o angustiosa, sino todo lo contrario: constituye la expresión del yo más auténtico. La actividad sexual debe constituir siempre un medio de autoafirmación y debe, por ello, *potenciar el desarrollo pleno de la capacidad personal de relación*. La expresión sexual a nivel social, debe estar siempre al legítimo servicio del bien y de la plenitud de las personas.

A *nivel intraindividual* el control sexual (control del erotismo imaginativo o de las posibilidades de orgasmo, por ejemplo) debe orientarse por la convicción que mira a la construcción del amor. No se trata de proscribir rígidamente como infernal y pecaminoso cualquier sensación de placer sexual o cualquier eyaculación que no sean involuntarias. Se trata de que en el plano intraindividual de la sexualidad la persona se mantenga firme en esta orientación: evitar todo aquello que dañe a la disponibilidad de la persona para el amor al prójimo, o que destruya el equilibrio de la personalidad, que es también un modo de dañar a aquélla.

2) Enriquecimiento del otro

La sexualidad humana debe ser y permanecer siempre como un cauce abierto para expresar la atención al otro y el generoso interés por su felicidad. Supone tener siempre una actitud sensible, atenta, compasiva y comprensiva que apoye al otro. Perdona y sana, procura siempre que aflore lo mejor que hay en el otro; nunca lo atropella o trata de rebajar o de dominar. El copartícipe nunca debe ser reducido a "objeto" o "cosa" de explotación y de goce egoísta, aunque se trate de un goce egoísta mutuo y mutuamente consentido. El amor interpersonal nada tiene que ver con la "cosificación" del otro. Y la relación sexual sin amor es inhumana, y —al final— triste y desoladora. La sexualidad debe ser vivida, a todos los niveles, en el respeto de la dignidad de la otra persona.

3) Integración en una comunidad de amor

La carga física y emocional de la relación sexual completa (el coito) es tan fuerte e impactante que, si no va integrada en una comunidad de amor profunda, caerá fácilmente en el egoísmo de la explotación de un "objeto" de goce. Si la sexualidad debe ser ejercida

como cauce de un amor interpersonal, ella exige en su expresión plena, un nivel de amor y compromiso interpersonal profundo y auténtico: la participación y la entrega sin reservas entre las dos personas. En este sentido podemos decir en forma gráfica, que la unidad de lecho conlleva la unidad de mesa (el *connubium* lleva consigo el *convivium*). La intensísima unidad genital debe estar integrada en una unidad personal total. Por eso “ofrecer la cama sin el cubierto es un burdo engaño”.

4) Honradez

La sexualidad humana debe siempre permanecer como expresión abierta y sincera de la profundidad de la persona y de la relación existente en la pareja. Toda simulación, evasión o engaño en cualquiera de sus formas es una traición al principio del amor y a la integración personal e interpersonal. El amor exige franqueza. En el plano sexual se traduce por una suerte de *lealtad*. Por lo tanto las relaciones físicas se deben tener sólo cuando *expresan de verdad* lo que está en la base de ellas. Una sexualidad que no fuese manifestación de un amor maduro y verdadero sería sólo mentira, impostura. Y esto porque el amor



¿qué es? Es darse al otro, totalmente y sin condiciones. Es querer compartir con él —o con ella— su vida entera, sin reservar nada para sí. El acto sexual debe ser la expresión más íntima y más maravillosa de la comunicación profunda de dos vidas. Hacer de él un juego para divertirse un rato o tener otros motivos que escapan al ámbito del amor siempre exigente, es una siniestra profanación.

5) Fidelidad

La unidad de vidas que integra y hace verdaderamente humana y buena la unidad sexual plena, lleva consigo una exigencia de fidelidad, de estabilidad en la relación. Esa fidelidad es la que facilita el mantenimiento y profundización de dichas relaciones, las hace robustas y estables ante las posibles amenazas externas.

6) Responsabilidad social

La sexualidad humana no se limita a dar expresión sólo a la relación individual. En cierto modo ella refleja también la relación y la responsabilidad que une al individuo con la comunidad más amplia en la que está in-

serto (familia, patria, comunidad internacional). La fuerza integradora de la sexualidad no debe estar restringida al ámbito individual sino que debe servir también a los intereses justos de la comunidad. Para ello conviene que su fuerza integradora y creadora se despliegue en forma generosa y altruista.

Tanto los datos históricos como los empíricos indican que todas las sociedades han sentido la conveniencia de dar normas morales e imponer ciertas restricciones a la expresión de la sexualidad en interés del bien común. Una moral sexual social implica que las personas usen su capacidad sexual de forma que revele una conciencia de las implicaciones sociales de su comportamiento y que cada uno contribuya realmente a la edificación de la comunidad humana. Es evidente, entonces, que esta actitud exigirá muchas veces renunciar al bien y al desarrollo individuales a fin de promover un mayor bien de la sociedad.

7) Servicio a la vida

Toda expresión de la sexualidad humana debe respetar y tener en cuenta la íntima relación que existe entre los aspectos que apuntan a la "creación" de una nueva vida y a la

“integración” de la propia personalidad y la de la pareja en el amor.

8) **Gozo**

La expresión sexual madura debe dar siempre testimonio de la valoración que uno tiene del don exuberante de la vida y del misterio del amor. Nunca se convertirá en una mera sumisión pasiva al deber o en un ceder desamorado ante una exigencia. Se tiene que afirmar siempre y fomentar la importancia del elemento erótico, es decir, del deseo instintivo del placer y la satisfacción. Es nuestra convicción que la expresión sexual humana está destinada a ser vivida sin sentimientos de culpa, sin remordimientos. La expresión sexual humana debe reflejar siempre la apasionada y gozosa celebración de la vida.

CONCLUYENDO

Desde la antropología podemos hoy entender que la sexualidad tiene diferentes valencias y significados, y ninguno es independiente de lo que el hombre haga con ella, es decir, del *sentido* que él dé en cada momento a su sexualidad. La sexualidad humana no tiene un sentido “en sí misma”; incluso su aspecto de procrear recibe su sentido del hombre mismo: si la intención se centra en la reproducción, esa *intención* no está en la misma naturaleza, sino que nace en mí. Por ejemplo, yo puedo querer copular para tener un hijo por diferentes motivos: para “prolongar la humanidad, o la sociedad, o la raza, o la casta, o mi familia, o el nombre que llevo...” Es más, cuando planteamos la cuestión del sentido “natural” de la sexualidad no debemos olvidar que es el hombre el que fija el sentido a la naturaleza. No es la naturaleza quien nos dice qué es *ella*, sino el hombre, porque *la naturaleza es muda!* Aparece así con toda claridad la responsabilidad que el hombre tiene con respecto a su sexualidad.

Esa responsabilidad se debe ejercer en toda circunstancia, cada vez que nuestra capacidad sexual es activada. Y para saber si una relación sexual entre dos personas es moralmente válida debemos preguntarnos si la intimidad de esa relación es autoliberadora, enriquecedora del otro, honrada, fiel, integradora en una comunidad de amor, el servicio de la vida y gozosa. Y también debemos preguntarnos en qué medida, por el contrario, puede haber en esa intimidad egoísmo, falta de honradez, de respeto, libertinaje, peligro de escándalo, de daño o de deshonra para la familia y para los mismos interesados.

Sólo así ejercitaremos plenamente nuestra capacidad sexual, la experimentaremos como una realidad vivificante y saludable. Entonces por medio del sexo nos descubriremos más persona, más libres y capaces de amar al otro en forma insospechada.

¿No es ésta una buenísima noticia, un descubrimiento verdaderamente estimulante y liberador?

EDICIONES



PAULINAS

MONTEVIDEO